

CARO DATA ARCHANGELI

sergio alejandro amira



No se suponía que yo estuviese allí, pero Natalia era mi amiga y a mis cortos cinco años creía tener todo el derecho a ser partícipe de sus exequias.

Me escabullí entre los arbustos hasta situarme a una distancia prudente del sitio donde ella yacía, recostada sobre un lienzo añil con las manos cruzadas sobre el pecho, y observé detenidamente la escena cautelando no ser sorprendido. Alrededor de Natalia se encontraban solamente sus padres, el corregidor y el sacerdote, una situación bastante anómala ya que todo funeral era público. Pero ocurre que el papá de mi pequeña amiga, hermano de aquel que llegaría a ser conocido como el Primer Acólito, pertenecía a la casta de los óptimos y era el hombre más acaudalado de la zona, además de íntimo amigo del corregidor designado por los poderes fácticos de la Gran América. La fortuna del padre de Natalia provenía de los viñedos que se extendían como un interminable manto sobre las riberas del río y a los pies de la cordillera. Más de trescientas hectáreas plantadas de las cuales se extraía una uva deliciosa cuyo destino era transmutarse en aquel licor que tanto deleitaba a papá.

El rostro de Natalia y su cuerpo tan blancos se asemejaban más bien a una imagen de cera que a la niña con quien tantas veces mis hermanas y yo habíamos jugado; bañándonos desnudos en el río; trepando a las ramas de los árboles; persiguiendo a los potrillos que huían de nosotros alzando sus colas como plumeros; hartándonos de los aromáticos racimos de uva de los huertos de vides de su familia... no lograba creerme que Natalia estuviese muerta, pese a que yo mismo vi a Khartoum, el caballo preferido de su padre, descargar aquella mortífera patada que le fracturó las costillas perforando sus pulmones. Tampoco creía que fuera a bajar nada del cielo para llevársela, aunque los adultos aseguraban que eso era precisamente lo que ocurría en estos casos.

Durante un tiempo que se me antojó interminable mantuve la mirada fija en las nubes sin ver nada a excepción de de una lejana bandada de golondrinas surcando el viento. El sacerdote repetía una y otra vez su monótona cantinela mientras los demás mantenían los ojos clavado al suelo. Después de esperar cerca de una hora comencé a sentir hambre ya que era pasado el mediodía y en mi premura por llegar a tiempo a la parcela de nuestros vecinos ni siquiera había desayunado. Justo cuando consideraba seriamente la idea de marcharme aquella criatura bajó del cielo. Huí aterrado de mi escondite y corrí y corrí sin parar hasta llegar a casa y refugiarme bajo las faldas de mi hermana mayor a quien confesé horrorizado lo que momentos antes presenciara. Isabel prometió no hablar sobre mi escaramuza con nadie, ni siquiera con Román.

Dieciséis mil años han transcurrido desde aquel primer encuentro y los arcángeles han sido la única inteligencia no-humana con la que nos hemos topado en nuestra vasta exploración galáctica. Los únicos seres cognoscentes del Universo somos nosotros, eso es lo que hemos venido diciéndole a la humanidad desde que salimos al espacio. Los arcángeles por supuesto no cuentan, ellos estuvieron sólo de paso y pertenecen a otro reino que ni siquiera es el mismo al que la humanidad emigra tras la muerte, un sitio por cierto al que ninguno de los Athanatoi podremos acceder jamás.

La responsable de esto es Constanza. Sí, me refiero a Nuestra Amada y Santísima Señora Constanza, la esposa de Román el Redentor; el Matrimonio Sagrado, la *Unio Mystica*, Máximos Dirigentes de la humanidad. Gracias a ellos, a su guía y visión, abandonamos nuestro planeta de origen y sembramos nuestra estirpe entre las estrellas. Desgraciadamente Román y Constanza llevan muertos miles de años, y jamás pudieron ver los frutos de su labor. Fuimos nosotros, los doce inmortales conocidos como Athanatoi, los encargados de otorgar cuerpo a sus ideales.

Ser inmortal es como vivir en un sueño que no termina, donde el tiempo y los recuerdos se funden y refunden en imágenes propias y ajenas llenas de imprecisiones. Hay pocas cosas que recuerdo nítidamente, el rostro de mi amada hermana Isabel, es una; la mañana en que abrí los ojos nuevamente a la vida y descubrí que no había sido pasto de los arcángeles, es otra.

Para comprender la razón por la cual mi hermano decidió enfrentarse contra Dios mismo debemos remontarnos a la más brutal epidemia conocida por la humanidad y que en los registros históricos figura simple y prosaicamente como *La Plaga*. Este mortífero y en extremo contagioso mal ya había cobrado al menos treinta muertos, en distintas ciudades de la nación más poderosa de la Tierra, cuando fue detectado por los epidemiólogos. Las bacterias esparcidas por las víctimas originales generaron esporas que, transportadas por el viento, fueron inhaladas e ingeridas de todas las formas posibles por cientos de miles de ciudadanos de aquel país, quienes a su vez esparcieron La Plaga por los cinco continentes.

En tan sólo dos meses La Plaga cobró la vida de algo así como tres billones y medio de personas. Una cifra insignificante comparada a la cantidad de humanos que habitan el Imperio Athanatoi hoy en día pero relevante en aquella época al constituir el 48% de la humanidad.

La Iglesia Católica se apresuró a tocar sus campanas anunciando el castigo divino que por fin separaría a los "justos" de los "pecadores" mientras que otras religiones de inspiración cristiana hablaron de un nuevo libro de Job escribiéndose con la caligrafía corrosiva del demonio Lucifer. Interpretaciones extrañas de videntes afiebrados, como todo lo perteneciente a la época

previa a la Segunda Venida.

Las fatídicas esporas contagiaron a todo el mundo provocando en sus víctimas una muerte que sobrevénia de forma rápida en medio de un intenso dolor de estómago acompañado de vómitos, sudor y diarrea. Por causas que en su momento fueron desconocidas los infectados con el virus del VIH al ser expuestos a La Plaga tuvieron una tasa de mortalidad menor al resto e incluso vieron frenada la replicación del virus.

Aún así murió muchísima gente, todo fue tan repentino que los gobiernos mundiales no supieron cómo reaccionar y sólo los más fuertes sobrevivieron al derrumbe de sus instituciones. Los cadáveres se acumulaban interminablemente en plazas y avenidas. La infección flotaba sobre las ciudades y la Tierra se convirtió, de la noche a la mañana, en un gigantesco cementerio planetario navegando silenciosamente por la noche del Universo.

Los anales señalan que una muchachita natural de Bosnia-Herzegovina, elevó una súplica tan bella al Altísimo que atravesó todas y cada una de las esferas celestes hasta posarse cual jilguero en su oído que todo lo abarca. De pronto, tras un instante en que hasta las olas se detuvieron, bajaron de entre las nubes ingentes bandadas de seres andróginos, esbeltos y pálidos, de negros e inexpresivos ojos abisales y enormes alas emplumadas que batían desde sus omóplatos.

Como si de una plaga de langostas arrasando un campo de trigo se tratase, los arcángeles dieron cuenta de los cuerpos sin vida que cubrían la tierra devorándolos con suma premura. No fueron pocas las personas que aterrorizadas (como fue mi caso la primera vez) huyeron a esconderse, aunque la gran mayoría optó por presenciar sobrecogidos el macabro festín. Unos pocos incautos intentaron ahuyentarles agrediéndolos físicamente, los arcángeles simplemente los ignoraban y continuaban engullendo hasta no dejar rastro alguno del cadáver. Las armas blancas y las de fuego no los dañaban, nada parecía herirlos. No podían ser registrados, ni grabados por ningún ingenio humano; no proyectaban sombra sobre el suelo o las paredes ni tampoco imagen en los espejos, el agua ni ninguna superficie bruñida. Sólo era posible ver sus reflejos en las pupilas de los gatos.

Luego de alimentarse de todos los difuntos, los arcángeles desaparecieron entre las nubes tan imprevistamente como habían surgido.

Tras el descenso de los arcángeles se desataron las más encarnizadas discusiones teológicas, dignas de la época en que Miguel Servet y Jean Chauvinse se enfrentaban para determinar cual de los dos terminaría en la hoguera (hecha con paja húmeda, para que así el hereje se fuera

lo más limpio de los pecados que se pudiera). Una de las más inquietantes dudas decía relación con aquellos devorados por los arcángeles, ¿qué sería de ellos cuando Dios resucitara la carne el día del Juicio Final? La Iglesia Católica se desdijo de sus declaraciones previas y aseguró que los muertos por la Plaga en realidad no eran los pecadores sino los justos, y que al ser devorados por los arcángeles habían ingresado inmediatamente al reino del Señor sin necesidad de juicio alguno.

Desde el Gran Festín los arcángeles regresaron a alimentarse cada vez que alguien era llamado ante la presencia de Dios. Acostumbraban a manifestarse dentro de un lapso que abarcaba desde las tres horas hasta los tres días de la muerte, por lo que se hizo una costumbre sacar los cadáveres desnudos a la intemperie y tenderlos sobre un lienzo preparado para la ocasión. Una vez hecho esto, el arcángel no tardaba en descender a saciar su apetito.

Tal y como aseguran los arcanos textos que he estudiado la palabra *cadáver* es una contracción de la frase en latín *Caro data vermibus*, es decir, carne dada a los gusanos. Tras la Plaga, sin embargo, ya no ofrendábamos los cuerpos de nuestros seres queridos a las lombrices, sino a los divinos arcángeles, primogénitos de Nuestro Dios Padre.

Las funerarias dejaron de existir, los ataúdes fueron cosas del pasado y los cementerios cerraron sus puertas.

Para cuando yo nací el escenario mundial era muy distinto a su estado previo a la Plaga. Las naciones africanas se habían unido en una federación bajo la tutela de la Iglesia-Estado y gozaban de una prosperidad como nunca antes conocieran, manteniendo una economía basada en la autoproducción y una redistribución interna eficiente, con focos de tecnología controlados por la Iglesia. Europa estaba en manos de la Confederación Helvética y la Gran América aliada con Japón y Australia mientras que el Medio Oriente seguía aferrado a sus creencias ancestrales sin poder quebrantar relaciones con Europa, los únicos compradores para su petróleo.

América se recuperó tan rápido como África al anexar al resto de los países del continente desde Canadá hasta la República Patagónica en una gran federación bajo su control absoluto. Mi abuelo solía decir que los “gringos” finalmente se habían salido con la suya: “conquistar el mundo”. Aunque cómo el Primer Acólito me revelaría posteriormente, pese a que La Plaga se liberó en los antiguos Estados Unidos de América, su origen se hallaba en los laboratorios de cierto “visionario” suizo, el mayor genocida que la historia haya registrado jamás. En cuanto al escenario vigente en la tierra de Chili-Mapu, éste no cambió mucho en relación a los poderes dominantes.

Mi familia durante muchas generaciones se dedicó a la siembra y la ganadería. Eran *gente de campo* como solía decirse en aquella época y estaban satisfechos con su condición. Román era distinto y pese a lo mucho que amaba a su familia continuamente soñaba con el momento en que podría marcharse de Inframérica rumbo a las grandes ciudades del Norte. Sin duda lo habría hecho de no ser por la promesa efectuada a nuestro padre.

Crecí en un ambiente bastante religioso, que era lo normal en aquella época posterior a la Plaga (antes había imperado un materialismo utilitario y ateo abominable). Mi abuela rezaba el rosario tres veces al día, silenciosa pegaba sus manos a las cuentas como si estuviera amasándolas; mi padre fue monaguillo, mi hermana mayor quiso ser monja, mi madre cantaba en la misa y nos obligaba a asistir todos los domingos. La Iglesia era prácticamente como nuestro segundo hogar.

Papá murió de un ataque cardíaco mientras ordeñaba una vaca, una forma muy estúpida de morir sin duda pero el viejo no se merecía más. Pese a no ser una persona muy apreciada a su funeral asistió toda la comarca. Yo nunca le quise, aparentaba ser un hombre amable y temeroso de Dios pero en realidad era un sujeto proclive al alcohol y la violencia. Solía golpearnos a todos con una fusta a la que bautizamos "Doña Disciplina", a todos menos a Román, claro. Nuestro padre jamás se atrevió a ponerle una mano encima, pero le insultaba y le decía cosas muy humillantes. No soportaba el alto grado de independencia que Román mostró de niño, esa aura de autosuficiencia que irradiaba...

Desde muy pequeño, además, mi hermano manifestó preocupantemente su espíritu aventurero. Isabel me contó que cuando Román tenía siete años huyó de casa dejando sólo una nota donde expresaba su deseo de "vivir como un buen salvaje". Todo el pueblo se organizó para ir en su búsqueda, pero no lo encontraron sino hasta cinco días más tarde en el bosque que rodeaba el Lago Peñuelas, a quince kilómetros de Casablanca. Según mamá parecía un pequeño salvaje, desnudo y cubierto de tierra, aunque no estaba desnutrido ya que se alimentó cazando conejos, hurtando huevos de las aves del lago y recolectando frutos y bayas. Papá lo tuvo encerrado en el gallinero durante tres días como castigo hasta que prometió no volver a escaparse. Nuestro padre casi mató al profesor de la escuela que le habló a Román del ideal romántico de Rousseau centrado en el individuo que vive en comunión apasionada con su medio, y reforzó sus sospechas sobre el colegio como un sitio poco conveniente para nosotros. Incluso intentó impedirle a Román que siguiera asistiendo a clases pero éste se negó firmemente y consiguió el apoyo de mamá y aunque prometió que no volvería a huir de nuevo, volvió a hacerlo.

A los doce años, Román se marchó solo a escalar la cordillera, para según explicó: “hacer crecer el alma”. Esta vez nadie fue a buscarlo y regresó tras una semana y media en deplorables condiciones físicas pero “cambiado” espiritualmente. De acuerdo a Isabel tras su aventura Román dijo: “Estoy dispuesto a morir, dispuesto a nacer de nuevo”, y no habló más del tema. Subir la montaña es un ceremonial de obediencia y culto de latría. El monte es el altar, es la cita con Dios, es el templo sublime. Para escuchar un aliento se debe estar muy cerca, y no se está más cerca de Dios que en las alturas de las cumbres. El más peregrino de los peregrinos es quien camina hacia la belleza de las cimas.

Pese a que una vez más mi hermano prometió no irse de nuevo, nuestro padre le impidió regresar a la escuela, por lo demás, “ya estaba en edad como para olvidarse de aquella actividad improductiva y dedicarse a los viñedos”.

Román trabajó duramente y a los catorce años comenzó a frecuentar el bar de doña Berta, donde escuchó las increíbles historias de los viajeros que pasaban por Santiago, la antigua capital de Chile. Y ocurrió que un buen día Román decidió irse con una caravana de gitanos que partía rumbo a la derruida metrópolis y no se volvió a saber de él en tanto tiempo que incluso se le dio por fallecido, aunque mamá siempre se negó a creerlo.

El valle de Santiago se encontraba a ochenta kilómetros de distancia del nuestro y antes de la Plaga había albergado a más de la mitad de la población de nuestro país. Era una ciudad moderna, ultra-tecnológica y carcomida por todos los males que solían afligir a las grandes urbes de principios del siglo XXI. Para cuando Román visitó Santiago, muy pocas personas habitaban la antigua capital, esparcidas en pequeñas comunidades alejadas del centro, donde aún operaban los temibles Enforcers y moraban todo tipo de bestias.

El séptimo mes desde su partida, apareció Román en Casablanca tras el volante de un anticuado vehículo a gasolina tirado por una yunta de bueyes. Se le había agotado el combustible en las inmediaciones de Curacaví, pero consiguió a los brutos permutando uno de los arcaicos y valiosos objetos que encontró en la gran ciudad.

Accediendo de mala gana ante la imperiosa solicitud de mi madre, papá organizó una fiesta en honor del hijo pródigo que había regresado al hogar y le hizo prometer en medio de la celebración y delante de todos, que jamás volvería a abandonar la comarca. “No mientras mi madre viva”, contestó Román, promesa que al menos para mi padre fue suficiente. Como de costumbre mi hermano no contó mayor cosa sobre su escapada, al menos no hasta un mes antes de su deceso, cuando me reveló la existencia de su hijo... pero esa es otra historia.

Durante su visita a Santiago Román consiguió varios artilugios de uso doméstico muy ingeniosos y útiles, pero el verdadero tesoro que reclamó para sí en aquella extinta Sodoma fueron los cientos de libros con los cuales repletó la carreta metálica. Papá, que rechazaba la idea de leer cualquier texto que no fuese la Sagrada Biblia, advirtió a Román que no quería ver ninguno de esos volúmenes al interior de la casa o en manos de sus otros hijos. Si contravenía esta regla, él personalmente se encargaría de prenderle fuego a su nueva biblioteca. A Román no le quedaba otra opción más que estar de acuerdo.

De todos mis hermanos, sólo Román asistió a la escuela. Él le enseñó a leer a Isabel y ella a su vez, a todos nosotros. Mamá era analfabeta pero nunca se quejó, Papá le leía la Biblia todas las noches y cuando se ausentaba lo hacía alguno de sus hijos. Papá no creía en la educación escolar, decía que no era más que acondicionamiento para servir al Gran Estado Americano. Según él, todo lo que valía la pena saber y aprender estaba en la naturaleza, la Iglesia o la Biblia. Y fue justamente la Biblia el libro que leí hasta que a los seis años, Román comenzó a entregarme a escondidas algunos de los volúmenes de su biblioteca. Me tomó dos meses leer el primero de los libros que me facilitó, principalmente porque era una actividad clandestina que debía realizar en la más completa de las soledades, condición por cierto escasa para el hijo menor de la familia, constantemente vigilado por sus padres y hermanas.

Aquel primer libro fue *La Araucana* y su lectura, aunque trabajosa, me impactó mucho. Por primera vez en mi vida era conciente de mi herencia ancestral y en las palabras de aquel antiguo autor español descubriría las razones por las que Román y Constanza germinaron en estas tierras. A *La Araucana* le siguieron varios otros libros tan variados como *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *Cien años de soledad* o la *Trilogía de Peleranda*... hasta que mi padre me descubrió leyendo. Tras propinarme la mayor tunda de mi vida, papá prendió fuego al vehículo donde guardaba bajo llave sus textos Román, quien resignado nada pudo hacer pues había faltado a su promesa.

Como ven razones para odiar al viejo no me faltaban, y no lamenté su muerte así como tampoco fingí tristeza, creo que todas las emociones se pueden fingir menos la tristeza y si bien no lloré durante el sepelio de papá, sí hubo un hecho que me sobrecogió muchísimo.

Luego de los preparativos de rigor habíamos ubicado el cadáver desnudo de mi padre a la sombra de la higuera que había plantado el abuelo y esperamos pacientemente al mensajero de Dios que devoraría su cuerpo.

Un clima excelente bendecía aquella tarde y las nubes tenían un aspecto aborregado como

capas de algodón dispuestas en grupos. El arcángel bajó poco antes del ocaso, en medio de la expectación de la gente e interrumpiendo las palabras del sacerdote que presidía la ceremonia. Batiendo sus emplumadas extremidades se posó con gentileza junto a mi padre, replegó sus alas, se inclinó junto a él y tiernamente le acarició su escaso cabello. Luego, la bellísima criatura que había descendido del cielo extendió aquella estructura plumosa que suelen mantener escondida dentro de la boca y empleando sus mandíbulas de doble filo abrió la piel del cuerpo de mi padre para luego introducir una saliva sumamente pegajosa en la herida, capaz de disolver la carne y los huesos en cosa de segundos. El cadáver de mi padre adquirió un aspecto gelatinoso y el arcángel procedió a devorarlo rápidamente. Concluida su misión, se puso de pie y estiró sus grandes alas blancas que esplendorosamente brillaron a la luz del sol. Antes de marcharse, sin embargo, me dedicó una mirada que me puso los pelos de punta. Dicen que todos los arcángeles son iguales, este era mi cuarto sepelio oficial y ciertamente que no podía distinguir a este arcángel de los que habían venido por Natalia, mis abuelos y por la madre del corregidor respectivamente. Había quienes pensaban que Dios les tenía adjudicado a los arcángeles distintos sectores del planeta para que cumplieran sus funciones, pero sobre este punto y muchos otros no existía ninguna certeza. Todo esfuerzo por comunicarse con los arcángeles (pese a que los representantes de la Iglesia aseguraban lo contrario), había probado ser infructuoso.

Puede que el arcángel que bajó aquel día fuese el mismo que viera en los otros funerales, puede que no, pero de una cosa sí estuve seguro. Ese Arcángel me conocía y así se lo hice saber a Román mientras la multitud se dispersaba para retornar a sus hogares.

–Por supuesto que te conoce –respondió mi hermano–, los arcángeles nos conocen a todos, nos espían como buitres esperando el momento de arrojarse sobre nuestras carnes y...

–Nada de blasfemias, Román, no ahora –interrumpió mi madre aferrándolo del brazo–. Vamos, regresemos a casa.

El hecho que Román y yo fuésemos los únicos hombres de la familia hizo que nos uniéramos aún más. De alguna forma éramos el alfa y el omega, él era el primogénito y yo el séptimo hijo. Siempre admiré a Román, él era mi ídolo, mi héroe, nunca olvidaré como se enfrentaba a mi padre para evitar que nos golpeará a mí o a alguna de nuestras hermanas. Algunas veces tenía éxito, otras no, pero siempre lo intentaba. Ésa era la más grande cualidad de Román, nunca se daba por vencido, aunque cayera siempre se levantaba, era terco como una mula y su determinación no conocía límites. Siempre supe que estaba destinado a realizar grandes cosas, creo que todos lo sabían, a excepción de papá.

Desde un principio me pareció extraña la forma displicente y hostil con que nuestro padre trataba a Román, sobre todo porque era el único que se mostraba de esta manera ante él. Todos quienes conocían a Román le estimaban, especialmente las muchachas que se derretían a sus pies. ¿Sería eso que los antiguos griegos llamaban *phthónos* lo que sentía mi padre?, ¿envidia?, ¿de su propio hijo? Mi hermana Isabel, que había viajado a otros pueblos y conocido a otra gente aseguraba no haber visto nunca a un joven más apuesto que Román, las amigas de Isabel reafirmaban sus dichos, lo mismo que sus madres, y sus abuelas. Era tal la devoción de Isabel por Román que recuerdo haberle preguntado, a la edad de seis años, si quería casarse con él.

–¿Cómo se te ocurre que podría querer casarme con mi propio hermano, Nicolás? –dijo Isabel con las mejillas claramente sonrojadas.

–¿Que no se puede? –pregunté ingenuamente.

–¡Por supuesto que no, tontillo! –exclamó ella.

–¿Por qué? –volví a preguntar.

–Bueno, porque... ino se puede y punto! –afirmó escuetamente.

–Ah, qué lástima –dije metiendo las manos en los bolsillos en señal de frustración–. Y yo que quería casarme contigo cuando sea mayor.

Isabel rió y se puso de rodillas quedando así su hermoso rostro a la altura del mío.

–Para cuando tú seas mayor yo seré muy vieja, Nicolás, pero te aseguro que no faltará una niña que quiera casarse contigo.

–¿Y será tan bonita como tú?

–Más bonita aún –dijo Isabel besando dulcemente mi frente. Luego me tomó de la mano y regresamos a casa.

Poco después del deceso de papá nos llegaron noticias de una especie de Mesías que sumaba acólitos en cada pueblo que visitaba. Pero a diferencia de la Primera Venida, este supuesto vástago de Dios era mujer, se llamaba Constanza y aparentemente además de sanar a los enfermos resucitaba a los difuntos, práctica anti-natural o milagrosa (dependiendo de quien opinara) que venía realizando sistemáticamente desde los nueve años de edad tras un fallido intento de asesinato. El frustrado homicida se había convertido en su guardián y primer acólito, único sobreviviente del grupo original de discípulos inmortales, despedazados por un horroroso ser que la mesías regresó al abismo del cual se había arrastrado. ¿Cómo pudo esa criatura matar a aquellos que Constanza trajo de vuelta?, sólo ella lo sabía mas nunca lo reveló. Durante aquel enfrentamiento Victorino perdió el pulgar y el índice de su mano derecha y así

se la dejó como recuerdo.

La apariencia de Constanza era tan atípica como la de Román, su cabellera era roja, no cobriza sino roja como la sangre más espesa y sus ojos eran tan verdes como la hierba que acaricia el viento por las tardes. Constanza era muy pálida, tanto así que eran claramente visibles las azulosas venas de sus brazos y grácil cuello, cual filigranas adornando su piel. De no ser por su estatura podría haber pasado fácilmente por una óptima.

De acuerdo a testigos tras el incidente en la cabaña de Pumalín donde fueron masacrados cuatro de sus discípulos, Constanza había resucitado a diez personas de ambos sexos cuyas edades oscilaban desde los dieciséis hasta los cincuenta y tantos años, resucitados que voluntariamente se unían a su séquito en calidad de apóstoles. Román nos aseguró a mis hermanas y a mí que dicha mujer era una embaucadora, que los arcángeles nunca permitirían que alguien les arrebatara su alimento, que los supuestos “resucitados” en realidad no habían fallecido y señaló lo absurdo de una Segunda Venida en un sitio tan poco importante como la olvidada tierra de Chili-Mapu y, por sobre todo, lo absurdo de una Cristo femenina.

–¿Y por qué no podría Dios decidir que el Mesías fuese mujer en vez de hombre nuevamente?
–preguntó Isabel–, ¿por qué fue hombre y no mujer en un primer lugar?

–Bueno, supongo que debido a que si el Verbo se hubiese encarnado en una mujer de aquella época, entre esas gentes de costumbres muy distintas a las nuestras, no habría logrado cumplir su misión. Recuerda que en los tiempos de Jesús era legítimo apedrear hasta la muerte a una mujer por “adúltera”.

–Tu punto de vista es razonable, pero eso no justifica que regrese hombre de nuevo. Las cosas hoy en día son muy distintas, hombres y mujeres son iguales...

–Es que no puede regresar de otra forma, Isabel. Recuerda que Jesús resucitó en cuerpo y alma, y cuando regrese será el mismo que ascendió a los cielos. No existe necesidad que vuelva a nacer o encarnarse en otro cuerpo.

–De cualquier forma no me parece justo –dijo Isabel–. No veo porque Dios debería privilegiar al hombre por sobre la mujer.

–Bueno, tal vez sea porque Dios también es hombre –contestó Román socarronamente.

–¡Sabes que no es así! –replicó Isabel propinado a Román un pequeño golpe en el hombro.

–¿Dios no es hombre?, pregunté desconcertado. ¿Es mujer acaso?

–Ni lo uno ni lo otro –contestó mi hermana– más bien las dos cosas. Recuerda lo que dice el Génesis, Nico: <<Creó Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, varón

y hembra los creó>>

–Dios es hermafrodita –acotó Román con tono burlón.

–¿Qué es un hermafrodita? –pregunté yo.

–Ya he escuchado suficientes tonterías –interrumpió mamá–, basta de meterle ideas blasfemas en la cabeza a sus hermanos menores ustedes dos, ¡y se van a la cama que son pasadas las diez de la noche!

Tras aquella discusión nos olvidamos de Constanza y seguimos con nuestra existencia, algo más apacible ahora que no estaba nuestro padre para golpearnos y regañarnos. La única que parecía extrañarlo de verdad era Isabel, siempre fue su favorita y no es de extrañarse dado que según lo que él pensaba, era ella y no Román, su primogénito.

Efectivamente, en sus momentos de mayor encono, nuestro padre solía decirle a Román que no era hijo suyo. Recuerdo que le pregunté a mamá si esto era cierto pero ella lo negó rotundamente, “ya sabes cómo es tu padre”, dijo, “cuando se enfada suele nublársele la mente y dice muchas cosas que no son ciertas, puede que él las crea verdaderas en su delirio, pero ten por seguro que no lo son”. Pero como seguí escuchando aquellas imputaciones, no sólo de boca de papá sino de otros niños e incluso algunos adultos, planteé a mi hermano la misma pregunta que a nuestra madre. “El viejo dice muchas estupideces cuando se emborracha, no hagas caso”, contestó Román restándole importancia al asunto. Dicha respuesta no me satisfizo, por lo que acudí a la persona a la que más amaba en el mundo, Isabel.

Una ligera brisa hacía más soportable el calor de aquella tarde estival en la que junto a Isabel y a otras dos de mis hermanas recolectábamos frambuesas. Leticia y Amanda, aburridas de la faena, decidieron hacer un alto e ir a mojarse los pies al río cercano. Fue sólo entonces cuando me atreví a preguntarle a Isabel sobre la acusación que nuestro padre le hacía a Román. Lo que mi hermana dijo a continuación para mi asombro no fue la misma vieja respuesta que todos esgrimieran hasta ese momento sino algo muy distinto:

–Esto que voy a contarte, Nicolás, me lo transmitió nuestro padre cierta vez que la bebida, en vez de propiciar su cólera, abrió su corazón. No puedo asegurarte la veracidad de esta historia, ya que mamá negó todo cuando la consulté al respecto, pero de seguro que para nuestro padre es tan cierta como que el sol emerge de la cordillera todas las mañanas.
>>Cuando papá se casó con nuestra madre ella estaba embarazada y hay quienes dicen que de otro hombre, aunque ni ella ni papá lo han admitido nunca. Cierta noche, faltando muy poco para que mamá diera a luz, abandonó la cama que compartía con su esposo y se internó en el

bosque hasta llegar a un claro. Allí se tendió y sin esfuerzo ni ayuda alguna parió a su primogénito. Regresó caminando a la casa con la criatura en brazos y despertó a papá explicándole lo sucedido. Cuando éste le preguntó por qué se había ido sola al bosque ella le contestó que Dios se lo había ordenado. "Quiero ver a mi hijo cuando salga de tu vientre", le habría dicho Nuestro Señor en sueños.

–¿O sea que es cierto que Román no es hijo de nuestro padre?

–Eso nadie puede asegurarlo, Nicolás, y en verdad poco importa ya que bajo toda circunstancia Román es un hijo para nuestro padre y un hermano para nosotros.

–Sí, pero, ¿Román entonces es hijo de Dios?

–Todos somos hijos de Dios, Nicolás, Él es nuestro Santo Padre.

–Pero...

–Shhhhh –dijo Isabel posando su dedo índice sobre mi boca–.Ya es suficiente sobre este asunto. Debemos regresar a casa, vamos por las gemelas.

La confesión de mi hermana pobló mi infantil mente de dudas. ¿Era realmente Román hijo de Dios y no de nuestro padre? La idea parecía algo descabellada, aunque explicaría ciertas cosas, como lo distinto que físicamente era a nosotros. Mientras que el color del cabello de mis hermanas y el mío variaba desde el castaño oscuro al claro el de Román era de un negro tan oscuro que parecía índigo. Todos nosotros, al igual que nuestros padres y la mayoría de los lugareños, teníamos los ojos color café, mientras los de Román eran intensamente azules. La verdad es que mi hermano mayor no sólo no se parecía absolutamente en nada a nuestro padre, de quien se supone debía ser un claro reflejo, sino que tampoco a la demás gente que poblabla nuestra comarca a excepción de los óptimos.

Esa noche tuve una terrible pesadilla en la cual un enorme cóndor intentaba devorarme mientras un conejo roía las cuerdas que me apresaban. El cóndor estaba cada vez más cerca, el conejo roía cada vez más aprisa, el cóndor ya estaba casi sobre mí y yo me cubría el rostro con mis manos libres... Desperté gritando y con el corazón latiéndome tan aprisa que parecía a punto de salir por mi garganta.

–¿Qué ocurre Nicolás? –escuché decir a Isabel, de cuclillas junto a mi lecho.

–Nada –le contesté con la voz entrecortada–, sólo una pesadilla.

–Casi despiertas a toda la casa.

–Lo lamento. Fue un sueño muy extraño, ¿dónde está Román?

–¿Por qué lo preguntas?

–No está en casa, ¿verdad?

–No, fue a buscar a papá al pueblo, llamaron del bar de Doña Magali para decir que estaba borracho y provocando líos. ¿Quieres contarme lo que soñabas?

Gesticulé que no con la cabeza.

–Si cuentas tus pesadillas éstas no se cumplen, Nico –me recordó mi dulce y bella hermana.

–Isabel...

–¿Sí?

–Tengo miedo.

–¿Miedo de qué?

–De papá, de los arcángeles, de la oscuridad, de la muerte, de todo, soy un cobarde...

Dicho esto me arrojé en sus brazos y rompí a llorar. Isabel me estrechó contra su pecho y acariciando suavemente mi cabeza dijo:

–Eres sólo un niño pequeño, Nicolás, nada más, pero tampoco nada menos. Estoy segura que algún día serás tan valeroso y tan grande como nuestro hermano Román. Vamos, hazme sitio. Yo te acompañaré si no quieres dormir solo.

La tierna y compasiva Isabel; de todos los seres humanos que he conocido durante mi larga existencia ninguno llenó mi corazón como ella lo hacía y por ese sólo hecho me aseguré que la canonizaran. En cientos de mundos en este instante millones de fieles le rezan con devoción. Es lo menos que un alma tan pura y bondadosa se merecía.

Isabel se equivocaba, por supuesto, nunca llegué a ser más valeroso que Román, y ni siquiera más grande que un preadolescente, pero sí algo más sabio. En cuanto al sueño, éste resultó ser de naturaleza profética, algo que por supuesto no comprendería sino hasta mucho después.

Ya les he hablado de lo testarudo que era Román y fue por esta causa que a nadie le pareció extraño que no quisiera sacar mi hinchado cadáver a la intemperie y que insistiera en esperar la llegada de Constanza la resucitadora, a quien había enviado a buscar con urgencia pues yo había muerto.

Antes de la Plaga se criaban cangrejos en el embalse construido originalmente para abastecer de agua potable a las comarcas cercanas. Cuentan que había tantos que los cogían hasta con harnero, los que abundaban en nuestros arroyos venían río abajo desde el antiguo embalse. Mi madre preparaba unos cangrejos guisados deliciosos y una de mis labores consistía en la pesca de estos crustáceos en el arroyo. Para capturarlos me valía de un retel, que es un

aro metálico con red y tres cuerdas unidas a una común, equipado del correspondiente cebo y ayudado de una horqueta.

Dicen que cuando uno se confía se vuelve descuidado, ése fue justamente mi caso. No sé cómo resbalé y caí boca abajo golpeándome la cabeza con una roca, a consecuencia de esto, y pese a que el río no era profundo, morí ahogado.

Román no pudo resignarse a que su hermano menor dejara de existir y si antes no creyó en los poderes de Constanza ahora esperaba impaciente que la resucitadora llegara antes que el arcángel. Pero la Mesías estaba muy alejada de nuestra comarca, y era muy probable que no arribara sino hasta dentro de cinco días. Sería muy tarde, para entonces el arcángel ya habría dado cuenta de mi cuerpo y no habría nada que reanimar. Pero esto no desanimaba a mi hermano que siguió esperando pese a que mi madre, mi abuela y mis hermanas, temerosas de la ira de Dios, le rogaban que me sacara fuera.

La mañana del tercer día una turba encabezada por el corregidor y el sacerdote del pueblo se apostó fuera de nuestra casa exigiéndole a Román que les entregara mi cadáver, pero mi hermano tozudamente siguió negándose. En eso las nubes se abrieron y en medio de la consternación de la gente bajó el arcángel. Este arcángel, sin embargo, no era como los habituales según narrarían posteriormente quienes allí estaban. Era más grande, más corpulento, y no tenía dos ni cuatro, sino seis alas repletas de ojos.

La gente formó una hilera a ambos costados de la puerta de nuestra casa, frente a la cual se plantó el arcángel profiriendo un fuerte rugido como de fiera salvaje que heló la sangre de todos menos de Román, que emergió desde las sombras hogareñas con los puños en alto.

–¿Quieres a mi hermano, desgraciado? –le gritó Román al arcángel desde la puerta para asombro de todos los allí presentes–. ¡Pues tendrás que alimentarte de mi cadáver primero!

He allí algo que nadie nunca hubiese pensado. ¿Podría un arcángel dar muerte a un ser humano? Nunca había ocurrido, siempre se habían alimentado sólo de los cadáveres. Pero dado el caso, ¿podrían dar muerte los arcángeles a los hijos de Dios?, ¿a los hijos predilectos de Dios que habían provocado los celos y posterior caída de Lucifer por negarse a arrodillarse ante nosotros?

El arcángel avanzó hacia la puerta de la casa pero antes que pudiese dar otro paso, Román se le arrojó encima y se trenzaron en una feroz lucha como nadie hubiese visto jamás. Al principio Román prevaleció, aquella fortaleza que lo había acompañado toda su vida estaba presente en él aquella mañana y no estaba de humor para someterse. Entonces aconteció lo

inesperado, cuando el arcángel vio que no podía con Román, utilizó una vieja artimaña y tocó en el sitio del encaje del muslo de mi hermano, descoyuntándolo. Román cayó al suelo pero no dejó de resistir y se asió fuertemente del arcángel que se disponía a entrar en la casa, aferrándole un tobillo con toda la fuerza de su corazón.

–Déjame cumplir mi cometido –ordenó el arcángel con una voz atronadora que parecía emerger de todo su cuerpo y que erizó el cabello de los allí reunidos.

–¡Nunca! –gritó Román.

Se produjo un silencio que pareció prolongarse eternamente, y en ese momento, en ese ominoso momento, arribaron Constanza y su séquito.

El arcángel desvió la mirada hacia la Mesías, luego a mi hermano que continuaba aferrándose a sus pies y luego nuevamente a Constanza.

–Ven ante mí –le ordenó. La muchacha descendió de su cabalgadura y con paso firme y sin demostrar temor alguno se dirigió hacia donde el arcángel y Román se encontraban. El mensajero de Dios alzó su cabeza, desplegó las seis alas con sus cientos de centelleantes ojos y dijo con una voz que escucharon simultáneamente todos los seres vivos de la Tierra:

–Román y Constanza son los hijos del Padre. Ellos son los cimientos sobre los que se edificará la nueva alianza entre Dios y sus hijos.

>>Constanza, serás conocida como *la mujer que da la vida*. Y sólo a través tuyo encontrará vida aquel que la busca. Román, serás conocido como *el hombre que se enfrentó a la muerte*. Y sólo a través tuyo vencerá a la muerte aquel que busque hacerlo.

>>Quienes os sigan serán bienaventurados, quienes se os enfrenten condenarán sus almas al Infierno. Tal es la voluntad del Creador.

–Dime, por favor, tu nombre –dijo Román, que al igual que Constanza permanecía de rodillas frente al arcángel.

–¿Por qué preguntas mi nombre? –inquirió la criatura celestial, y acto seguido, emprendió vuelo perdiéndose entre las nubes.

Román se puso de pie y tendió su mano a Constanza, ambos se miraron y parecieron reconocerse, estaban destinados a estar juntos y a amarse como ningún hombre y mujer lo habían hecho nunca. Román rápidamente llevó a la Mesías ante mi cadáver, ella posó sus manos sobre mi pecho e irradió esa poderosa energía suya capaz de restituir los tejidos dañados y la carne putrefacta. Tras media hora de dicho proceso abrí los ojos y contemplé por vez primera el bello rostro de Constanza para de inmediato ser estrechado entre los fuertes y gruesos brazos de

mi hermano.

–Lo lograste –escuché que decía mi madre, o Isabel, o tal vez ambas a coro–, Román, lo lograste.

Ciertamente que sólo al morir nos acordamos que ya estuvimos muertos antes de nacer. Ésa fue la sensación con la cual volví a la vida, la muerte no era algo que yo no hubiese experimentado antes.

Tras mi regreso al mundo de los vivos Constanza siguió sanado gente pero ya no resucitó a nadie. Mi hermano le ofreció hospedaje a ella y a sus seguidores y al cabo de un par de días ambos anunciaron que contraerían matrimonio e informaron que Constanza abandonaría su periplo para asentarse junto a mi familia, que ahora sería también la suya. El Sagrado Matrimonio comenzó a propagar su palabra capaz de vaciar de trigo los silos de los avaros y enmudecer las antenas de los amos de juglares y nuestra pequeña comunidad se convirtió en poco tiempo en el centro del mundo, y luego, de todo el universo. Y en lo que a mí respecta, pasé de ser el menor de mis hermanos al menor de los doce Athanatoi.

Después que Román se enfrentara a Dios ningún arcángel volvió a bajar para alimentarse de nuestros cadáveres, pero no pierdo la fe en que el anunciado por Constanza vendrá en algún momento.

Las necrópolis de todo el mundo volvieron a abrir sus puertas, lo que fue bastante extraño ya que no quedaba nadie vivo que recordara haber enterrado a un muerto alguna vez y ni siquiera cómo fabricar un ataúd, pero pronto todo volvió a ser como antes de la Plaga, por lo menos en lo que a los ritos funerarios respecta.

Pronto los resucitados descubrimos que al traernos Constanza de regreso lo había hecho permanentemente. ¿A qué me refiero con esto? Pues a que no podíamos morir ya que nuestras heridas se regeneraban instantáneamente y tampoco envejecíamos. Lo que Constanza había hecho no era otra cosa sino devolvernos al estado que la humanidad poseía antes que Adán comiera del fruto del Árbol del Conocimiento. Después de todo la mujer y el hombre fueron creados inmortales por el Altísimo, y se hicieron merecedores de la muerte por el pecado original. Los doce habíamos sido sumergidos en las aguas negras de la muerte y vueltos a sacar por Constanza en un bautismo de salvación definitivo que nos dejó puros y salvos para guiar a la humanidad cual inquebrantables faros en su camino por el oscuro y vasto océano cósmico.

El milagro que obró el Altísimo a través de Constanza no sólo nos privó de la muerte, sino que también de esa simulación de la muerte que es el sueño. Los Athanatoi no dormimos, y

.uestro estado es la permanente vigilia, tal es la voluntad del Todopoderoso.

De más está decir que hasta el día de hoy sigo luciendo como un niño de ocho años. Mi aspecto y posición entre los demás Athanatoi hace que me traten con un poco de condescendencia pero cuando ello ocurre les recuerdo que soy el hermano de Román, el esposo de Nuestra Santísima Señora Constanza, el hombre que logró unir a todos los pueblos de la Tierra y que lideró a la humanidad a la colonización de otros mundos, pero por sobre todo, el hijo de Dios que luchó contra su padre, y lo venció. Luego de eso, sus miradas cambian y vuelven a dedicarme todo el respeto que mi linaje se merece.

© 2005, Sergio Alejandro Amira. Publicado originalmente en *Visiones 2005*, antología española de fantasía , ciencia ficción y terror. Editado por la Asociación de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror (AEFCFyT)